ZOCOS, 34

ESTAMBUL SENTIMENTAL

© De los textos, Fernando Vara de Rey
Cubierta: Collage de Javier Fornieles Ten

© Confluencias, 2025
www.editorialconfluencias.com

Maquetación: Rodrigo Sepúlveda Cebrián
Revisión editorial: Leonardo Caro Calvo

Impreso en España

ISBN: 979-13-991434-0-9
Depósito legal: AL 6673-2025

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

Fernando
Vara de Rey

Estambul

SENTIMENTAL

CONFLUENCIAS
EDITORIAL

PREFACIO EN CLAVE DE SOL

Nace este conjunto de notas y reflexiones del deber, de la vocación, y del azar, factores que me han llevado a instalarme por un lustro en Estambul. Una ciudad que, como se desgranará en las páginas que siguen, recolecta un interminable reguero de estímulos y un inagotable horizonte de conocimiento.

La llegada a Estambul no es sencilla. La sobrepoblación, la oscilación de la economía, la alarma de terremotos, las inmensas distancias, la dificultad del idioma, dibujan una primera mueca de desaliento. En el decurso de los meses, en el personalísimo cómputo de hallazgos y sobresaltos, el viajero ya sedentario encuentra el arrimo de una sociedad gentil y solidaria y el entorno de una ciudad que desprende sabiduría y belleza.

En un lance más reflexivo percibirá que Estambul es la síntesis de una contradicción permanente que la naturaleza escenifica en la frontera inmediata entre Asia y Europa o en la pugna entre los vientos del Poyraz y el Lodos o en las corrientes de mar que devienen en inviernos plomizos y veranos radiantes. En consecuencia Estambul es al tiempo oriental y occidental, laica y devota, paciente e irascible, serena y vibrante, indivisible y múltiple.

«¿Cómo escribir sobre Constantinopla si todo se ha dicho?» He aquí la pregunta inquieta de un autor del siglo XIX que a su vez recoge Juan Goytisolo en su *Estambul otomano* redactado ya en el siglo XX. La pregunta es aún mas pertinente en este siglo XXI en el que me corresponde acometer una sucesiva redacción. La respuesta brota del oportuno consejo de mi editor, Javier Fornieles Ten. Con él convine en forjar una sucesión de apuntes personales narrados con cintura poética y algunos retazos de humor.

Gracias pues a Javier por invitarme a confluir en su afamado catálogo. Gracias a Nazli, que con su erudición y paciencia me condujo por los

caminos de la ciudad y de la historia. Gracias a Evrim por sus correcciones de nombres y expresiones en turco. Gracias a quienes sabiendo de mi empresa me sugirieron temas o me refirieron anécdotas de todas las proporciones. Gracias al Instituto Cervantes, a las personas de nuestra sede en Madrid y a las que integran mi equipo en Estambul, por depositar su confianza en mí y conferirme el honor de servir al Reino de España. Y gracias a quienes —bien saben quiénes son— hicieron o hacen dichosos mis días de almanaque en Estambul.

De ella saldré con más experiencia, con más conocimiento, con más amigos. Y, no lo voy a negar, con más flequillo.

I

LA CIUDAD NOSTÁLGICA

1. NEA ROMA

¿Existía una ciudad de los ciegos? Cerca de 700 años a.C. se erigió en la actual Kadiköy, separada de Estambul por escasas leguas del Mar de Mármara, una colonia que tomó el nombre de «Kalkedon». Sus fundadores procedían de la helena Megara, en busca de puertos naturales y campos fértiles. De Megara procedía también la casi inmediata expedición de Byzas, quien según la mitología navegaba bajo la profecía del Oráculo de Delfos: ésta anticipaba el florecimiento de una nueva población enfrente de «la ciudad de los ciegos». Al topar con una colina idónea para asentarse —la actual Sultan Ahmet, centro principal de Estambul— protegida por puertos naturales, Byzas entendió que

era aquél el lugar reservado por los dioses y que ciegos eran quienes se conformaron con el no tan privilegiado territorio a escasas leguas de mar: es decir, los fatuos vecinos de «Kalkedon».

Del Asia Menor, de su impulso comercial y de su acervo de leyendas, nace el primer embrión de Estambul. Pero en su origen clásico podemos concluir que es Roma quien, desde que el valeroso y cruel Septimio Severo conquistara Bizancio, amasa su identidad y esculpe su ímpetu.

Constantino el Grande pretendió incluso adaptar la geografía de la ciudad al molde de la propia Roma: siete colinas con trece barrios y el confín de un río tras el cual se levantaban otras tantas poblaciones. A ciencia cierta el Palatino y sus seis hermanas, el Tíber y el Trastévere, bien podrían caber en tal descripción. Nea Roma es el elocuente nombre que Constantino impuso a su creación, si bien a su muerte se le asignó el título honorable de «Constantinopla».

Son muchos los vestigios de aquellos siglos de impronta romana. Conspicuas son las dos cabezas de Medusa que brotan de la asombrosa Cisterna de Yerebatan. Su colocación boca abajo

y de lado inspira explicaciones prosaicas como que ello ayudaba al equilibrio del conjunto y otras de cariz más sentimental como que era una suerte de humillación al panteísmo pagano o como que el fin era protegerse del hechizo por el que la mirada de la Gorgona nos convierte en seres de piedra.

El sistema hidráulico que abastecía la ciudad se completaba con el Acueducto de Valente. Su simetría de arcos y pilares aún reina entre la tercera y la cuarta colina, y en su deterioro fue restaurado varias veces por intercesión de los sultanes otomanos que le asignaron el heterónimo de «acueducto del halcón gris».

A la orilla de Ayasofya se extendía el hipódromo. Se mantiene la pared de uno de sus extremos y tres columnas que son hitos verticales de aquellas contiendas de circo y de pan: el obelisco traído desde la egipcia Luxor por Teodosio I, la columna de las serpientes que conmemoraba la victoria frente a los persas, y una tercera cuyas placas de bronce fueron sustraídas durante el Saqueo de Constantinopla. Idéntico destino fue el de los cuatro caballos de bronce que acicalaban

el hipódromo y hoy relinchan su destierro en la veneciana Basílica de San Marcos.

Apenas quedan trazas del Foro de Teodosio y del Million o punto cero, en tanto que las columnas de Constantino y de Marcianos se sostienen enhiestas de basa y fuste aunque ayunas de capitel. Algunas construcciones monumentales tímidamente laten en la memoria de los siglos: es el caso de los palacios anejos a Ayasofya, el Arco de Triunfo, o el Puerto de Eleutherios que bañaba el Mar de Mármara.

Los habitantes de Constantinopla nunca se llamaron a sí mismos bizantinos, categoría acuñada a posteriori por la literatura germana: el propósito era subrayar que el Imperio Sacro Germano era el genuino sucesor de Roma y en consecuencia disociar la denominación de origen del Imperio alrededor de Constantinopla. Dijeran lo que dijeran en los futuros *Lander,* los súbditos imperiales se consideraban «rhomaioi», rumeli, romanos, herederos de una civilización próspera y pionera engendrada en el fragor del Mediterráneo y la llamarada perpetua del oráculo.

Hijos legítimos de la segunda Roma, eterna como su predecesora.

2. MIGUEL DE CERVANTES

Muchos literatos de renombre anhelaron recorrer Estambul en los siglos XIX y XX, en busca de su efluvio oriental pero también de una urbe que competía con Londres o París en refinamiento y en ocio. Conocemos que Lord Byron, Conan Doyle, Agatha Christie, o Ernest Hemingway recalaron y se inspiraron en sus calles, con sus vísperas de trenes y de bazares y con sus noches de *rakı* y de cabaret.

Una inspiración en fin poderosa a la que sucumbieron incluso otros que no llegaron a sus caminos. Sin embargo, el pálpito de la imaginación les llevó a concebir una Estambul propicia para la hipérbole y la desventura. Es el caso de Julio Verne y su *Kerabán el testarudo*, envuelto por negarse a pagar el peaje del Bósforo en tribulaciones propias de cierto chino en bancarrota o de cierto aristócrata miembro del *Reform Club*. Tampoco arribó a Estambul José de Espronceda, cuyos versos sobre ese capitán pirata que singularmente

pilota su navío en popa —quizás exigencias de la rima, quizás ron en demasía— se despegan de los labios de los españoles que vislumbran por primera vez la geografía del estrecho.

Anterior a todos ellos es Miguel de Cervantes, tan ligado a los campos áridos de La Mancha como al azul grande del Mediterráneo. Combatiente en Lepanto, convaleciente en Messina, cautivo en Argel. Y huésped más bien forzoso de la Estambul imperial, según defiende el saber popular en Turquía.

Se basan pare ello en un registro dudoso que cita que un tal Miguel Saavedra Cervantes participó en las labores de construcción de la mezquita Kılıç Ali Paşa, pero todo parece indicar que se trata de una coincidencia de nombres. A falta de un testimonio más contundente se apela al asombroso conocimiento de las costumbres otomanas y de la propia toponimia de la ciudad que se desprende de la novela *El amante liberal* y de la pieza teatral *La gran sultana*. Y del tono con que el de Alcalá cita lugares como el barrio de Pera o Ayasofya, más propio de un viajero entusiasta que de un lector bien informado.